

EL ECO DE CARTAGENA.

Jueves 15 de Enero de 1880.

SAN FULGENCIO.

APUNTES HISTORICOS.

Es antiquísima, robusta y universal la creencia entre nosotros de que nuestro patrono San Fulgencio, que aquí tomó puerto á su arribo á la vida, volvió á tomarlo aquí tambien para volver á la eternidad. Así lo afirman varios historiadores, y así se dá á entender en las lecciones del antiguo breviario de la Iglesia Cartaginense. Unos y otros concuerdan tambien haber recibido la mitra para tomar el báculo de este obispado, de lo que resulta que este vástago ilustre de la régia estirpe de los Ostrogodos, el cuarto, en el orden de sucesion, de los hijos de Severiano y de Turtura, tuvo en Cartagena su oriente, su zénit y su ocaso.

No entraremos á relatar su admirable vida; bien conocida es de sus paisanos los Cartaginenses; y por otra parte nuestro ilustrado párroco el eminente orador Dr. Sr. D. José Rizo Lopez, lo hará mañana con las galas de su brillante imaginacion, desde la misma cátedra donde nuestro Fulgencio hizo irradiar los resplandores de su ciencia. Discurramos despues de su muerte.

Si quisiéramos buscar los principios de esa tierna devocion que aquí le profesamos, la misma oscuridad que sobre él existe, habria de llevarnos forzosamente á los tiempos mismos de su muerte, con la seguridad de encontrarlos entre las tiernas lágrimas de sus contemporáneos que le aclamaban por santo y padre de pobres, y en el sentimiento universal de que se hizo eco todo el reino por la muerte de tan gran Santo. Con la devocion, debió nacer

tambien su culto; y en esto tenemos la autoridad de San Julian, metropolitano de Toledo y tambien los Distintos de la Misa gótica. El P. Lepes dice en su historia de Santa Florentina, publicada en mil quinientos ochenta y cuatro, que habia *nuevecientos años* que esta y San Fulgencio tenían Iglesia pública y altar.

Entre nosotros no tuvo Iglesia propia hasta el año mil quinientos noventa y tres, que el obispo don Sancho Davila reedificó el pequeño oratorio que hoy llamamos de los Cuatro Santos, anexo al palacio episcopal, al cual se le llamó á los principios la Iglesia de San Fulgencio.

Altar lo tuvo mucho ántes; y si la lámpara que ante él ardía llegó á apagarse cuando la invasion sarracena, debió volverse á encender inmediatamente de restaurada esta ciudad. Desde entónces en todas las procesiones y rogativas vemos sacar la imágen de San Fulgencio junto con la de su hermana Santa Florentina, como patronos del Obispado, cuyas imágenes acaso sean las mismas que hoy se ven en sus nichos ó capillas en el retablo de la mayor de la Iglesia catedral.

Ya en tiempos muy posteriores, las imágenes de ambos santos solian sustituirse en aquellos actos con sus reliquias, que la piedad del referido prelado D. Sancho trajo á la capital de su obispado. La de San Fulgencio consiste en un dedo índice, y es parte de un brazo traído á Murcia, en tiempos de Felipe II, del lugar de Berzocana, á donde habia sido trasladado su cuerpo para librarlo de la profanacion de los sarracenos. Dicho venerado fragmento es el que se sacará mañana en procesion claustral.

Conveniente seria, y dicho sea de paso, que tanto esta reliquia, como la de Santa Florentina, y aun otra de San Isidoro, que con la de su hermana andan perdidas, se re-

cojiesen y guardasen en lugar visible de la parroquia de Nuestra Señora de Gracia, hoy que sobra tanto presbiterio donde poder hacerle lado.

La especial devocion que Cartagena tuvo de tiempo inmemorial á su prelado y patrono San Fulgencio, llevó á solicitar en el año mil quinientos noventa y cinco ante el Sínodo del obispado se guardase su día en esta ciudad como festivo, con prohibicion de que se trabajase en él; y más tarde, ya en los tiempos del cardenal Belluga, se declaró de precepto para todo el Obispado, con rito de primera clase y octava. Además, las Iglesias de Sevilla y Palencia celebran á San Fulgencio, como la de Cartagena, con todo el oficio de doctor, cual lo venian practicando de antiguo; y en las de los demás obispados con el evangelio propio de doctores.

En honor suyo rigió el obispo D. Diego Martínez Zarzosa, en el año mil setecientos cincuenta y tres el Cabildo de beneficiados, á cuyo cuidado y espensas corre desde entónces la funcion en el día del Santo, cual celebrará mañana en la Iglesia catedral.

Por causa de la clausura de esta Iglesia, debida al desplomaamiento de una parte de ella en el año mil ochocientos diez, la funcion de San Fulgencio se vino celebrando en la parroquia de Nuestra Señora de Gracia; pero desde el mil ochocientos setenta y seis, que se abrió de nuevo al culto, volvió á restablecerse su celebracion en aquel histórico templo.

Tanto nos place, porque bajo sus bóvedas, en aquel recinto que santificó con su presencia y con sus oraciones la ilustre y santa familia de Severiano, nuestro espíritu parece gozar más de cerca de la vision de nuestros patronos; la fe nos los representan más alvivo que en ninguna otra parte; y no puede ser de

otro modo: junto al templo están los lares que habitaron; en él la piscina donde recibieron el agua regeneradora; templo donde conocieron á Dios y recibieron las singulares gracias de su ciencia y santidad.

MANUEL GONZALEZ.

Miscelánea.

M. Decaisne ha notado hace tiempo la intermitencia en los latidos del pulso, á consecuencia del uso del tabaco de fumar. Sobre 81 grandes fumadores ha podido observar 21 casos de intermitencia, independientemente de lesiones del corazón. Esta intermitencia desaparece á seguida de interrumpirse el uso del tabaco. Despues sus investigaciones se han practicado sobre niños fumadores de nueve á quince años, y ha observado que los efectos incontestables del uso del tabaco para fumar, eran: palpitaciones, intermitencia de pulso, cloro-anemia; se volvieran de otra parte poco inteligentes, perezosos y predispuestos al uso de bebidas alcohólicas.

M. Decaisne acaba de presentar á la Sociedad de Higiene nuevos datos tomados de mujeres fumadoras. Desde 1865 ha podido observar 43 mujeres fumadoras; la mayor parte han presentado trastornos de la menstruacion y de la digestion; 8 presentaron una intermitencia de pulso muy notable sin ninguna lesion del corazón. Dicho Doctor ha dado la observacion muy detallada de estas 8 mujeres en las cuales todo tratamiento propinado con objeto de combatir estas intermitencias habia fracasado, mientras que la supresion del tabaco habia producido constantemente un mejoramiento y muy frecuentemente una desaparicion completa de los accidentes indicados.

FOLLETIN DEL ECO DE CARTAGENA

DIA 15 ENERO 1880.

—27—

UNA VELADA EN EL MAR ROJO.

EPISODIOS INVEROSIMILES
POR ISIDORO MARTINEZ RIZO.

Cambiamos pues de rumbo.

¡Vamos á cruzar la presidencia de Calcuta.

En el profundo abismo de la tierra, se extendía el caos en forma de neblinas fluctuantes y cuya densidad más pronunciada, á modo de serpiente monstruosa, seguía el curso del Ganges.

Nuestra angustia era extrema.

Aquel radiante vuelo, cual jamás

concebió la mente humana, desvanecía nuestras cabezas.

Amaneció la luz del nuevo día.

Aun no alcanzaba á ver distintamente, cuando me dijo Nagari:

—Veo el mar delante de nosotros.

Maravillóme tal noticia.

Concluimos de cruzar el Indostan.

En seis horas escasas habíamos recorrido una distancia de cerca de ochocientos cosses. (1)

Esto era inexplicable, monstruoso, y sin embargo, yo no podia dudarlo. A la dudosa luz de la alborada y aguzando mi vista, alcancé á ver bajo mis plantas la gran isla de Cuth; á mi derecha el Indus, que derramaba su caudal en el golfo de Oman por sus cien bocas; y al frente, á una

(1) Mas de 1000 millas.

distancia inmensa, dibujándose apenas en muy lejanos horizontes, las abrasadas costas de la Arabia.

—Volvamos, Nagari; vamos hacia el Oeste y si decaen las aves, como no pueden menos de cansarse despues de tanto tiempo como llevan volando, será el mar nuestra tumba;—grité á mi guia temblando de terror.

—No puedo conseguirlo, Shaib,—contestó Nagari.—A no dudar,—siguió diciendo,—han visto algo las aves en la costa de Arabia que excita su voracidad, y mis esfuerzos son inútiles para que vuelvan hacia el Este.

Y Nagari lloraba como un niño, exclamando angustiado:

—Pobres criaturas de mi vida; yo no os veré jamás...

—Ten esperanzas, Nagari,—le dije conmovido ante aquella aflixion tan

llena de amargura.—Sigamos adelante, y sea cualquiera el punto de la tierra á que lleguemos, yo cuidaré de tu regreso. Cuenta, despues de Dios, conmigo.

Mis frases de esperanza tuvieron la virtud de consolar al desdichado Nagari, quien al cabo de un rato, y al espresar mi afán por llegar pronto á tierra, se permitió esta bromita con que logró arrancarme una sonrisa:

—¡Si yo llevara espuelas, pero hay un medio, Shaib; gritales en inglés, que al fin son indias y temblarán ante tus gritos.

Seguí en los gritos incesantes en su furioso vuelo, y el Indostan huía tras de nosotros disminuyendo en dimensiones y borrando sus límites de detalle hasta llegar á aparecer á nuestros ojos como un mapa geográ-